

Renzo acaba de entrar a Roma cuando ve venir a Miguel Ángel. «¡Vaya golpe de suerte!», piensa. De un salto descalza el muchacho, pide a sus criados le acerquen pronto el cartapacio y, llevándolo bajo el brazo izquierdo y en las manos las riendas, se acerca al maestro.

La noche anterior, la oscuridad cayó de golpe y se detuvieron poco antes de entrar a la ciudad. A unos pasos de la Via Flavinia, encontraron donde hospedarse, una casa de mujeres miserables y ligeras a las que Renzo pagó generosamente para que los dejaran en paz. Las putas se emborracharon con las monedas, cantaron la noche entera como unas descosidas con voces tan desvencijadas como vigorosas. Apenas amanece, los criados prepararon las monturas. Los caballos lucían completamente restaurados, insensibles a los desgañitados lamentos de las infelices. ¡Quién tuviera sus orejas! Renzo, en cambio, ojeroso, nervioso y agitado, a sus diecisiete años podía pasarse la noche de pie, pero no padeciendo esos berridos.

En Roma, Renzo no ve gran cosa, pasa de largo los albergues donde miles de peregrinos duermen tendidos sobre paja comprada por ellos mismos en el atrio de San Pedro, algunos comen ya lo que todos se llevarán tarde o temprano a la boca, tripas o patas de cerdo. Renzo no oye, no huele, no ve, está en su Babia propia: Sofonisba Anguissola. Vive de continuo succionado por el remolino de una pa-

sión que los cantos de las cuscas le alborotaron y llenaron de brío.

Roma. Todavía se perciben los efectos del saqueo de 1527 aunque hayan pasado un par de docenas de años del asalto de las desordenadas tropas españolas y alemanas, aquella soldadesca descompuesta que hambrienta y exasperada sembró el caos en la ciudad, destruyendo y robando, no respetando ni al Papa ni a los más ricos. Quedó su marca, una perturbación en la ciudad, la memoria cotidiana de la amenaza. En medio de la chusma (los vendedores ambulantes, la suciedad de la calle, los que al empezar la mañana se afanan para llegar cuanto antes a sus talleres, negocios o dependencias del Estado, donde los esperan, apenas trasponer la corte de miserables, sus rutinas diarias), sobresale Miguel Ángel, impecablemente vestido de negro como acostumbra, la capa y el abrigo de lana de primera calidad, no puede ser menos en un Buonarroti, familia miembro del renombrado gremio «Arte della Lana» y lo que sí podría ser más es cambiar esas prendas por algunas menos raídas. La gente dice al verlo pasar: «¡El divino Miguel Ángel!». ¿Quién no lo conoce? Y esto sí lo oyó Renzo, porque ese nombre viene atado al remolino Sofonisba. Así que, apenas identificarlo, Renzo avanza hacia el maestro, recitándose para sí su buena suerte, el ánimo de pronto espléndido. Cree que lo ha encontrado solo. Pero se equivoca, su compañía lo sigue a unos pasos de distancia, tampoco ve del todo bien al maestro que acaba de estallar en uno de sus acostumbrados arranques de ira, con la edad se le presentan con mayor frecuencia; sus acompañantes se guardan unos pasos atrás, temiendo el filo de su lengua. Renzo, la mirada casi infantil, en su enamorado remolino cree que Miguel Ángel camina agobiado por la muerte de Vittoria Colonna. En casa se habla de ella a menudo, de hecho en toda Cremona, en toda Italia, en toda Europa. Vittoria Colonna, la joya de la nobleza de Italia. Vittoria Colonna, la esposa fiel, la virtuosa. Vittoria Colonna, que hacía y deshacía cardenales y gobernadores. Vittoria Colonna, la genial poeta.

Renzo mismo sabe de memoria algunos de sus sonetos al crucificado y conoce como la palma de su mano los que el maestro le escribió a ella. Aunque se enfada con aquel primer verso: «Un hombre enfundado en una mujer... no: mejor un dios guardado en ella es quien habla por su boca». A él le gustan las palabras de Sofonisba *más* porque son de mujer. No le sabrían igual si fueran de un hombre que ella se hubiera tragado. Pero, como dice el dicho, cada quien su cada cual.

Ahora está frente al maestro, el gran Miguel Ángel, y se equivoca de cabo a rabo al juzgarle. ¡Cuál triste!, lo que está es furioso. No va solo, sino que su compañía se ha retirado precaviéndose de su ánimo difícil. La razón de su furibundia es un mero recuerdo que no tiene ni un pelo de Vittoria Colonna. Algo le hizo recordar la filosa mediocridad pacata de Aretino, el vil Aretinejo, que para satisfacer sus malas pasiones y rivalidades se lanzó contra el genio creyéndose muy ingenioso. Todas las puntas de sus flechas hoy nos parecen baba de perro callejero, que si Miguel Ángel había pintado indecencias en la máxima casa de Dios («ni los griegos, ni los sin fe han faltado tanto el respeto a sus dioses, siempre sus dianas o sílfides se cubrían las partes pudendas»), que si Miguel Ángel se sentía atraído por muchachos muy jóvenes. Cuando algo le evoca las frases de Aretino, regresa la ira, pero más intensa. Las bestialidades de Aretino, que lo interpeló con un *usted*

es tan gran artista como hombre sin fe ni devoción. Explíqueme, Miguel Ángel, usted que se cree tan cercano a la divinidad que desprecia el trato con los mortales, cómo puede ser posible que haya traído esta suciedad a la iglesia de mayor importancia en el mundo, colocándola arriba del altar príncipe...

Le regresa como brasas encendidas, dizque por los remordimientos que entraron recientemente a su conciencia, quesque de la mano de la poeta Vittoria Colonna, dizque porque

cuando fue amiga de él creen que pasaba por una fase mística –se identificaba con María Magdalena–, dizque, según otros más agudos, propulsado por los malos aires de los nuevos tiempos. La ira y el fuego de los remordimientos devoraban con dos bocas el corazón del artista, por eso caminaba con pasos medrosos, por eso la cara al piso, por eso, como ya se dijo, los de él guardaban distancia temiendo la violencia de su lengua furibunda, esperaban que bajara su furia.

Renzo no sabe nada de esto. Lleva en una mano las riendas de Veillantif su caballo y el cartapacio de artista en la otra, se acerca al genio y lo interpela frente a la puertas del Palazzo Farnese:

–¡Divino Miguel Ángel!

La voz –bien modulada, educada, pulida– detuvo por un momento el arretrato de Miguel Ángel. ¿Quién le habla? Alza la vista: en el pecho del espléndido caballo hay un escudo de armas que conoce. No escarba en la memoria buscando la procedencia de esta figura. La ha visto (el busto de una mujer de piel oscura con armadura de oro), no le cabe duda, pero en la inercia de la furia no le pica la curiosidad lo suficiente como para detenerse, así que pasa a otra cosa: el caballo es bellísimo. Lo acaricia con los ojos, tan afecto a la belleza humana como a la de las monturas, un caballo joven, todavía agitado, que menea las patas delanteras, bailoteando.

Renzo le habla otra vez:

–¿Qué le parece este dibujo, maestro?

Miguel Ángel le clava encima los ojos, es hermosísimo. Musita:

–¡Bello!

Tiene las mejillas encendidas por el aire frío de la cabalgata, la apariencia de quien vio el amanecer en las afueras. Manipula el cartapacio con una destreza notable. «Pintor», piensa Miguel Ángel, y como leyéndole la mente, Renzo le dice:

–Es de Sofonisba Anguissola, su nombre es Sofonisba Anguissola, joven noble de Cremona, Anguissola –repite el

nombre, el rubor le cubre las mejillas e incluso la barbilla, como si hubiera pronunciado el de un dios prohibido o una indecencia, y medio tartamudeando se lanza a recitar su árbol genealógico—, hija de Blanca Ponzoni, que es nieta del conde Ponzino Ponzone, hijo de Ruberto, e hija de Amílcar Anguissola, emparentado con los Anguissola del norte, casado en primeras nupcias con la hija del marqués Galeazzo Pallavicino...

Miguel Ángel no lo oye. Lo pica otra vez con su mirada más intensa. Por primera vez en días, o en meses, Renzo percibe algo que no es el remolino de su amor por Sofonisba.

—Divino Miguel Ángel —vuelve a decir, otra vez ruborizado como cuando dice «Sofonisba Anguissola».

¡Qué muchacho más hermoso, bello, bello! Con una rara combinación de contrarios, timidez y arrojo, elegancia y rusticidad, infancia y juventud. Todo en él son contrastes: los ojos azules del norte y el cabello del sur, negro azabache y abundante, como sus pestañas; el tronco delgado y las piernas musculosas; las manos largas y delgadas del músico, pero recias como las del artesano. A Miguel Ángel le da un gusto que raya en el placer de sólo verlo, pero se le convierte en otra forma de irritación, tan viva como la ira, exasperada. Está otra vez a punto de estallar.

Renzo ya abrió de par en par el cartapacio y le muestra el dibujo de la Anguissola. Repite:

—Es de Sofonisba Anguissola —puede decir el nombre sin ruborizarse—, hija de Blanca Ponzoni —recomienza la boba enumeración del árbol genealógico de la artista.

Los ojos de Miguel Ángel suben las torneadas piernas de Renzo y topan con el dibujo, ¡Sofonisba!, ¡qué nombre ridículo! En el papel no ve lo que habría esperado encontrar. Una niña ríe, ¡bah! Los ojos de Miguel Ángel siguen su camino ascendente. La cara de Renzo, radiante, inocente, más hermosa sin rubor, los párpados bajos intentando ver el dibujo que está mostrando con orgullo. Renzo ve el dibujo con los ojos del alma, finge poner en él los del cuerpo, conoce el dibujo de memoria, viene del centro de su torbellino, de So-

fonisba Anguissola. Miguel Ángel, conmovido un instante por esa demostración de adoración juvenil, baja los ojos y los clava en el dibujo. Era en verdad de impecable factura. Pero no en balde había escrito él que «debes saber que soy, entre todos los hombres jamás nacidos, el más inclinado a enamorarme. Siempre que entro en contacto con alguien que posea algún talento especial o que enseñe algún ingenio, alguien que pueda hacer o decir algo mejor que el resto de la gente, por fuerza y de inmediato tiendo a enamorarme de él, y me entrego a él tan completamente que dejo de ser de mí mismo, soy por completo suyo». Sus ojos abandonan el dibujo, empiezan otra vez a tocar con la mirada las piernas memorables del joven cuando la voz de Renzo lo regresa al mundo:

—¿Qué le parece el trazo? ¿La composición? ¿Qué dice?

Las preguntas le enfadan sobremanera. Su exasperación, alimentada por la visión de la bella montura y el hermosísimo muchacho, estalla en una frase de desprecio:

—¿Quién no? El tema es pan comido. ¿Dibujar a una niña riendo? Es demasiado fácil.

El cortejo de Miguel Ángel observa la escena a corta distancia, y al oír la frase saben que allí se desvanece la furia miguelangiana. Lo alcanzan, lo envuelven, casi todos entran con él al Palazzo Farnese.

El mismo día, a la misma hora en que Miguel Ángel traspone la entrada del Palazzo Farnese, unos quinientos kilómetros al norte de Roma, en Cremona, ciudad de donde Renzo y Sofonisba son originarios, un hombre cruza el umbral de las puertas del *palazzo* de los Anguissola-Ponzone. Viste también de manera apropiada a su rango, en su caso de obispo. Si ponemos suficiente atención y comparamos la calidad de sus ropas, son un pelo inferiores a las del divino Miguel Ángel.

Es Gerolamo Vida, humanista cremonense, recién nombrado obispo de Alba por el Papa en premio a su talento, un renombrado latinista amigo de Amílcar Anguissola. Gerola-

mo viene a decir adiós antes de salir a ocupar su nuevo cargo. Cerrará su casa –su mamá ha muerto, la hermana viuda entrará en un convento.

Cruza el umbral sin claque, sin compañía, que no es poca: el cura Tonino, párroco de San Giorgio, Partenia Gallerati –ha sido su alumna diez años, está a punto de cumplir los treinta– seguida del puño de viejas (viudas ricas muy rezadoras) que siempre van de sombras, más los tres criados cargando un bulto y el secretario del obispo. Se han quedado atrás de él, Gerolamo quiere estar a solas con Amílcar. Afuera del Palazzo Anguissola –mucho más modesto que el Farnesio en que trabaja Miguel Ángel–, sus criados han puesto en el piso el bulto que cargan, un lienzo de Sofonisba. Vida lo ha cargado consigo en sus recientes viajes, por esto viene embalado propiamente. El secretario les da instrucciones de desnudarlo para entregarlo tal y como salió de esta casa. Hay otros motivos para develar la pintura: Partenia Gallerati está ahí porque quiere volver a verla, y Gerolamo quiere que los Anguissola vean el marco que le ha hecho hacer, su regalo de despedida.

Sofonisba pintó esta tela para conversar con Gerolamo, porque uno de sus largos poemas es sobre el ajedrez –*Scacchia Ludus*, sesudo en partes, en otras cómico, describe una partida entre Apolo y Mercurio–. Sofonisba discute con él en su pintura. Si Gerolamo habla del femenino «odio vengativo de la reina», basta mirar el lienzo de Sofonisba para ver que ahí las mujeres han encontrado en el tablero un espacio de armonía –como la que dicen quería convocar Gerolamo Vida cuando escribió el poema a los hermanos Médicis, Giuliano y Giovanni, ante la inminente invasión de los franceses–. Si Gerolamo reproduce en su poema la leyenda de que el juego fue un regalo de los dioses a la ninfa Scacchis, quienes dieron las piezas y el tablero para recompensarla cuando fue violada por un dios, Sofonisba pinta a todas virginales (y además ahí está el ama Antonietta para confirmar a los ojos de todos que ellas están protegidas, no pueden tocarlas los dioses lascivos y violentos).